

de parece que este era artificio del diablo y de nigrománticos que le invocaban para hacer estas obras (*).

NOTA DEL EDITOR.

El siguiente capítulo tiene una íntima conexión con el precedente, dice así:

(*) La época del P. Sahagun era la de las consejas que tanto creían los conquistadores como los conquistados; siendo en esta línea tan bárbaros y supersticiosos los unos como los otros. Aquellos creyeron que en las batallas de Tabasco y Otumba habian visto á Santiago en un caballo blanco matando indios, y estos en la cuebra de Vitzilopuchtlí, con la diferencia de que los españoles sacaron partido de sus patrañas contra los indios, y estos no, como despues veremos. Hay muchas culebras rateras entre los indios que entran y salen en las milpas, y de tal manera se domestican, que de noche no dejan mamar á los niños de pecho sin que las sientan sus madres dormidas, entreteniéndolo á los niños con la punta de la cola que les meten en la boca y entretienen. De estas culebras habia en los templos famosos de la Grecia, como enseña su historia. Natural cosa fué que al P. Tembleque le lastimase el rayo el ojo, pues al abrir la ventanilla, estando cargada la atmósfera de electricidad, atrajo á sí el fluido eléctrico y le causó ese daño; por mácsima de precaucion ninguna puerta ni ventana debe abrirse en los momentos de una tormenta. Pudo entonces salir la culebra (que sin duda no fué la del dios de la guerra de los mexicanos) y en esto no hay nada de raro, y mas si el convento estaba en despoblado. Nada prueba el espanto que causó á los indios el verla. El hombre ve lo que cree ver, y lo que le sugiere su imaginacion predispuesta. Los romanos consultaban esta clase de oráculos, tenían colegios de adivinacion, el canto de las aves y su vuelo muchas veces decidieron los casos difíciles en sus asambleas, y no se aventuraban á dar una batalla, si antes los pollos sagrados que llevaban en sus huesos no comian ávidamente el grano que en aquel momento se les daba. Lúculo se burló de esta supercheria, vió que los pollos no querian comer antes de dar una accion y los mandó arrojar al agua, diciendo: Si no quieren comer, querrán beber, dió la batalla y la ganó. Ciceron, aunque colocado en el colegio de los Augures, se reia de estas supercherias, por medio de las cuales (como he dicho) se suspendian las resoluciones mas importantes de la república, segun convenia á los intereses y maniobras de los tribunos revoltosos. ¡Solo en los mexicanos ha de ser un argumento de su barbárie lo que no lo ha sido entre las antiguas naciones tenidas por cultas! ¡Qué injusticia! ¡Pobres mexicanos!

CAPITULO XL.

De como los del Tlaltzilulco dicen que vieron venir un torbellino de fuego de color de sangre, echando de sí brazas grandes y muchas centellas de que tuvieron gran temor, y se rindieron.

CUANDO ya los mexicanos y tlaltzilulcanos estaban muy angustiados por verse acosados de todas partes de sus enemigos, y no tenían posibilidad de huir ni de resistirlos, dicen que un dia á puestas del sol comenzó á llover una *mollizna* (*) de agua, que tardó como dos horas, y despues de esta mollizna sucedió luego un torbellino de fuego como sangre, envuelto en brasas y en centellas, que partió de hácia Tepeyacac (que es ahora donde está Santa María de Guadalupe) y fué haciendo gran ruido hácia donde estaban acorralados los mexicanos y tlaltzilulcanos, y dió una vuelta por en derredor dellos, y no dice si los empeció (ó dañó) algo, sino que habiendo dado aquella vuelta se entró por la laguna adelante, y allí desapareció. De la vista de este remolino y fuego quedaron todos muy espantados, y allí comenzaron á *fricar* (f) el negocio de rendirse á los españoles. Desque ellos entre sí hubieron platicado el modo de rendirse con menos daño de sus personas y haciendas, determinaron de ponerse en las manos del capitan D. Hernando Cortés, con que no les dejase en las manos de los tlaxcaltecas y los demas indios, ni permitiese que fuesen saqueados ni captivados dellos, y para este efecto es de creer que enviaron personas principales de sí mismos, que llevaron la embajada al capitan D. Hernando Cortés, la cual oida por él, y comunicada con sus capitanes, todos ellos vinieron en concederlos lo que demandaban, y concertaron con ellos que tragesen á su señor *Quauhtimotzin* con cierto número de los mas principales mexicanos y tlaltzilulcanos. Vueltos que fueron

(*) O llovizna, voz anticuada.

(*) Parece que quiso decir platicar.

con esta respuesta, conferieron ante sí, y determinaron que otro dia de mañana se irian á entregar como lo mandaba. Tambien los españoles hicieron alto donde pudiesen ser vistos de los que habian de ir; y púsose el capitan en el barrio de Amaxac sobre el tlapanco ó azotea de un principal que se llamaba *Aztaoatzin*, allí se sentó en una silla debajo de un dosel de carmesí, rodeado de los demas capitanes y principales españoles, y los mexicanos y tlaltilulcanos con su señor *Quauhtimotzin* partieron de donde estaban alojados, y por el agua comenzaron á caminar hácia donde estaba el capitan con los demas españoles sobre la azotea esperándole. Los que estaban en el fuerte, de que le vieron salir (y sabian que se iba á dar á los españoles) comenzaron á llorar amargamente, doliéndose de que su señor los dejaba, y se pasaba á los españoles, y doliéndose del daño que luego se esperaba, así de sus vidas como de sus haciendas. Llegó *Quauhtimotzin* con los que con él iban, y entregáronse al capitan D. Hernando Cortés, y él los recibió con toda benignidad y muestra de urbanidad y graciosidad. Hecho esto, revolvióse gran alboroto entre los indios amigos de los españoles, y quisieran luego entrar á robar y matar en los mexicanos y tlaltilulcanos dentro de su cercado, y los españoles comenzaron á defenderlos: allí hubo gran matanza y gran revuelta todo aquel dia. El dia siguiente, que fué el tercero, despues que el señor de los mexicanos y tlaltilulcanos se entregó al capitan D. Hernando Cortés con los demas principales que con él iban, cesó la guerra entre los unos y entre los otros. Comenzó el capitan con sus españoles á defender á los mexicanos y tlaltilulcanos, para que no fuesen robados ni captivados de sus enemigos, conforme el pacto y concierto que habian hecho; pero al cuarto dia tornaron á desasosegarse. Los tlaxcaltecas con los demas indios que les ayudaban, daban rebate en el fuerte de los mexicanos, y hubo muertes, y robos, y mucha confusion entre los unos y los otros, y los españoles con su capitan fueron á ponerlos en paz, y á defender á los mexicanos; y con todo esto robaron lo que pudieron, y mataron á muchos

de los que estaban en el fuerte, y pasaron algunas cosas notables entre los mexicanos y tlaxcaltecas, que por no ser cosa de mucha esenencia se deja de traducir en la lengua castellana.

NOTA DEL EDITOR.

La derrota de los españoles en Tlatelulco los habia puesto en una especie de inaccion que mortificaba demasiado el ánimo inquieto de Chichimecatl, capitan tlaxcalteca, que condujo á Texcoco la tabazon de los bergantines, y que tenia su campo en el de Alvarado. Decidióse á entrar con sus soldados en México afrontando toda clase de peligros; acometió una puente y la ganó, dejó allí cuatrocientos flecheros, y siguió á los mexicanos (dice Gomara) que arditosamente huian para hurtarle la vuelta y tomarlo vivo; mas él se apoyó en sus flecheros que sostuvieron su retirada y mereció grandes aplausos, no solo por su intrepidez en acometer, sino por la sabiduria con que supo salvarse sin mengua de su reputacion militar. Los mexicanos quisieron vengarse de él, y asaltaron de noche su campo: peleose allí por espacio de tres horas, y Cortés acudió en su auxilio, y creyó que aquella era buena ocasion de apoderarse de México; mas para ello habia obstáculos insuperables. Estimulados los españoles volvieron á la carga con gran fervor, y en el espacio de seis dias continuos no cesaron de hacer hostilidades sobre México; en una emboscada que Cortés puso á los de Tlatelolco con treinta caballos, y que apoyaron los bergantines, perecieron quinientos nobles, y muchos quedaron prisioneros. En esta sazón, y cuando mas necesitaba socorros Cortés, le llegaron de Veracruz, y pudo continuar las operaciones del sitio. Sentia destruir la ciudad de México, y no sabia que hacerse; en tal conflicto, el principe D. Carlos Ixtlilxochitl le dijo que podia muy bien tomar la ciudad sin demolerla, impidiendo la entrada de viveres,

pues cuanto mayor fuese el número de los sitiados, tanto mas pronto consumirían las provisiones que les quedaban. Este sabio consejo, dado por un jóven á un general como Cortés, lo llenó de complacencia, y en un entusiasmo de afecto corrió á darle un abrazo estrecho; así conocería que no las habia con bárbaros. No lo aceptó el caudillo español, antes por el contrario se decidió á demoler toda la ciudad, convirtiendo al efecto á no pocos millares de hombres de su ejército en zapadores, que solo se ocupaban en arruinar edificios y llenar fosos para triunfar, aunque solo fuese sobre sus escombros y cenizas. A par de esto fueron las continuas incursiones sobre México, en que perecian muchos combatientes de ambas partes, y no pocos españoles. Hasta las mugeres ó mancebas de éstos, como María Estrada, Beatriz Bermudez de Velasco, Juana Martin, Isabel Rodriguez y Beatriz Palacios manifestaron un valor superior á su sexo, é igual al de los mas denodados castellanos. Fué entre otras muy sangrienta la incursión del 24 de Julio, en que Cortés hizo una entrada en México con un número de tropas mayor que el de las anteriores. Los españoles se apoderaron, (dice Clavijero) del camino, por el cual se unia el grande de Iztapalapan con el de Tacuba, operación que Cortés deseaba con ansia para tener libre la comunicacion con Alvarado. Tomaron y llenaron varios fosos, quemaron y arruinaron muchas casas, entre estas, unos de los palacios del emperador Quauhtimotzin que era vastísimo, sólido y bien edificado, de modo que de las cuatro partes de la capital, tres quedaron aquel dia en poder de los españoles, y los mexicanos se aislaron en Tlatelolco, que por tener allí mas agua la laguna, era la mas fuerte y segura. Una señora mexicana, hecha prisionera en esta ocasion, reveló á Cortés el miserable estado de México; ya, por la falta de víveres; ya, por la discordia que reinaba entre sus habitantes, pues el emperador y su familia estaban decididos á morir, y el pueblo desanimado y cansado con el

asedio. Vinieron muchos fugitivos al campo de Cortés estrechados del hambre, y le confirmaron estas noticias. Repitió al siguiente dia 25 otro ataque; mas los mexicanos mostraron su antigua resistencia, insultando á los tlaxcaltecas zapadores, á quienes decian: "Arruinad traidores nuestras casas, que si vencemos, vosotros nos las reedificareis".... "Así lo harémos, (respondian) pero si fueseis vencidos, vosotros las levantareis para que en ellas habiten vuestros enemigos." Este vaticinio tuvo su cumplimiento, porque conquistado México, los mismos mexicanos construyeron las casas de los españoles.

En la entrada del 26 de Julio se multiplicaron los destrozos; mas los indios atacaron á Cortés por retaguardia haciéndolo retroceder. Dentro de breve se halló en estado de tomar un canal y una trinchera para entrar en el mercado de Tlatelolco. En esta vez se reunieron sus tropas con las de Alvarado con indecible júbilo de ambos: despues de haber comenzado el asedio no se habian visto desde entonces. Entró Cortés con alguna caballería en el mercado, y en la gran plaza vió innumerable gente alojada en los portales, porque se habian arruinado todas las casas del barrio. A falta de ellas, los mexicanos habian construido torres de madera, desde las cuales hacian resistencia arrojando dardos y piedras. Cortés mandó pegar fuego á las altas y hermosas torres de aquel edificio donde se adoraba al dios de la guerra. Al verlas arder el pueblo, prorrumpió en amargas quejas de dolor. Entonces mandó suspender por aquel dia las hostilidades, é hizo proposiciones de paz; pero los sitiados respondieron, que mientras quedase un mexicano con vida, defenderia este su pátria hasta morir.

Cuatro dias se mantuvo Cortés sin hostilizar; entró en México y vió innumerable gente popular desfallecida de hambre; muchos se alimentaban con yerbas, insectos y cortezas de árboles: el agua salada les aceleraba la muerte porque no tenian otra que beber. Reiteró sus negociaciones

de paz, y siempre oyó igual respuesta negativa. No faltaron hombres que dirigiéndoles la palabra para persuadirlos, les respondieron impávidos, y les arrojaron á sus tlaxcaltecas algunas tortillas y tamales para mostrarles que aun tenían que comer. Un grupo de estos se dejó ver muy tranquilos é impasibles, como si no tuvieran la muerte á la vista, y lo desdeñaron como si viesen los objetos mas insignificantes; otros, entregados al despecho, le dijeron: "¡Ah! si sois hijo del sol, como algunos creen, ¿por qué siendo tu padre tan veloz, que en un dia termina su carrera, tardas tanto en poner fin á nuestros males? Queremos morir para ir al cielo donde nos aguarda nuestro dios Vitzilopuchtli, para dar reposo á nuestras fatigas." Cortés insistió en sus proposiciones de paz, y envió á un tio del rey de Texcoco para que las apoyase; mas esta diligencia fué infructuosa. Prometiase el conquistador que el hambre debilitaria á los mexicanos; ya ellos mostraban su flaqueza en el modo de atacarlo, pues era poco el daño que le causaban, y mucho el que recibian.

Al siguiente dia que volvió Cortés á México, se dirigió á unos nobles mexicanos que guardaban una trinchera, á quienes preguntó, ¿por qué se obstinaban temerariamente en su defensa cuando ya era inevitable su ruina? Ellos respondieron; que por sí, nada valian, ni les tocaba hacer otra cosa que obedecer las órdenes del emperador; ofrecieron sin embargo pasar á suplicarle que aceptase la paz: pasaron efectivamente á verlo, y volvieron diciendo, que al dia siguiente hablaría con Cortés su magestad en aquel mismo sitio, (que á juicio del P. Clavijero, era el centro de un gran terraplen cuadrado, en que los mexicanos hacian sus representaciones teatrales,) el cual mandó Cortés adornar con tapetes y bancos, y que se hiciese una gran comida para el emperador y su comitiva. Llegado el dia, mandó decir á Quauhtimotzin que quedaba aguardándolo, y este respondió por medio de cinco personajes de su corte, que no podia

ir por hallarse indispuerto, y porque no se fiaba de Cortés. Este los recibió con extraordinarias demostraciones de cariño: comió con ellos, y los volvió á enviar al emperador, suplicándole viniese sin recelo, pues le empeñaba su palabra de que le trataría con el respeto debido: que su presencia era absolutamente necesaria, sin la que nada se podia concluir. Acompañó el mensaje con un regalo de víveres; los nobles regresaron pasadas dos horas con la misma respuesta que antes, y con otro regalo de trages finisimos. Tres dias se emplearon en estas negociaciones sin provecho.

Cortés habia mandado á los aliados que permaneciesen fuera de la ciudad, por habérselo así rogado los mexicanos durante la conferencia con el monarca; pero viendo perdida toda esperanza de negociacion, llamó todas las tropas de su campo, en que habia ciento cincuenta mil hombres, y con todas estas fuerzas atacó unos fosos y trincheras que eran las mayores fortificaciones que habian quedado, mientras Sandoval atacaba la ciudad por el Norte. Aquel dia fué el mas infausto para aquella desventurada poblacion, y en el que mas copiosamente se derramó la sangre mexicana, no teniendo ya aquellos infelices armas para rechazar la muchedumbre y furor de sus enemigos, ni fuerzas para defenderse, ni tierra para combatir. Las calles de México estaban cubiertas de cadáveres, y el agua de los fosos y canales teñida de sangre. No se veía mas que ruina y desolacion, y solo se oían los heridos gritos del despecho, y los mas dolorosos lamentos. Los aliados se encaminaron de tal modo contra aquella gente miserable, que los españoles se fatigaron mas en refrenar su crueldad, que en combatir con los mexicanos. El estrago que se hizo aquel dia en estos fué tal, que segun dice Cortés, pasaron de cuarenta mil personas entre muertos y prisioneros.

La intolerable fetidez de tantos cadáveres insepultos, obligó entonces á los sitiadores á retirarse de la ciudad; mas al siguiente dia 13 de Agosto, volvieron á ella para

dar el último asalto á la parte de Tlatelolco que aun conservaban los mexicanos. Llevó consigo Cortés tres cañones, y todas sus tropas. Señaló á cada capitán su puesto, y les mandó que empleasen todos sus esfuerzos en obligar á los sitiados á echarse á la agua hácia el punto á que debia acudir Sandoval con todos sus bergantines, que era una especie de puerto, rodeado por todas partes de casas, al cual aportaban por lo comun las barcas traficantes que asistian al mercado de Tlatelolco. Encargóles sobre todo que procurasen apoderarse de la persona del emperador, pues esto solo bastaba para hacerse completamente dueños de la ciudad, y poner término á la guerra; mas antes de emprender este golpe decisivo, hizo nuevas tentativas de negociacion. Indújolo á esto no solo la compasion de tantas miserias, sino tambien el deseo de apoderarse de los tesoros de Quauh-timotzin y de la nobleza, pues tomando por asalto aquella última parte de la ciudad, los mexicanos privados de toda esperanza de conservar sus bienes podrian arrojarlos á la laguna para que no cayesen en manos de sus enemigos, ó en caso de no hacerlo así, los aliados, que eran innumerables, y mas prácticos en el conocimiento de las casas y de los usos del país, se aprovecharian de la confusion del asalto, y poco ó nada dejarian á los españoles. Volvió, pues, á hablar desde un sitio eminente á los mexicanos de distincion que no le eran desconocidos, representándoles el peligro en que se hallaban, y rogándoles hiciesen nuevas instancias á su señor para que se prestase á la conferencia; pues si persistia en el designio de defenderse, él estaba resuelto á no dejar aquel dia á un solo mexicano vivo. Dos de aquellos nobles partieron á desempeñar su encargo, y á poco rato volvieron acompañando á Cihuacóatl, supremo magistrado de la corte, á quien Cortés recibió con estraordinarias demostraciones de honor y amistad; mas él con aire magestuoso, en que parecia querer manifestar cuan superior era á todas las calamidades humanas, le dijo. . . . "Ahorra el

trabajo de solicitar una entrevista con mi señor, que está resuelto á morir antes que ponerse en tu presencia. . . . No puedo esplicaros cuan dolorosa me es esta resolucion; pero no hay remedio, adoptad las medidas que mas os convengan, y poned en ejecucion vuestros designios." Cortés le respondió que fuese á preparar los ánimos de sus compatriotas á la muerte, que en breve deberian sufrir. Mandó Cortés que no se hiciese mal á multitud de infelices que se le habian venido á rendir por salvarse del peligro, tan débiles algunos, que morian ahogados al pasar los fosos. Sin embargo de esto, y de haber distribuido en varios puestos á algunos españoles para que refrenasen con su autoridad la furia de los aliados, ellos mataron mas de quince mil personas, entre hombres, mugeres y niños.

Los nobles y los militares que habian abrazado el partido de defenderse hasta el último aliento, ocuparon las azoteas de las casas y algunas calzadas. Cortés viendo que era tarde, y que no cedian, empleó contra ellos los cañones, y no bastando esto, dió con un tiro de arcabuz la señal del asalto. En un momento subieron todos los sitiadores, y de tal manera estrecharon á los débiles y afligidos ciudadanos, que no quedando en la ciudad ni un solo punto en que pudieran guarecerse de tan innumerable muchedumbre, muchos se arrojaron á la agua, y otros se entregaban á los vencedores. La gente principal habia preparado barcas para huir en el último trance: Cortés, que habia previsto este designio, dió orden á Sandoval de apoderarse con los bergantines del puerto ó caleta de Tlatelolco, y evitar la salida de todas las barcas que la intentasen. Apesar de la diligencia de Sandoval muchas escaparon, y entre ellas la que llevaba las personas reales. Sabida esta novedad por este caudillo, mandó á Garcia de Holguin, capitán del bergantin mas veloz que les diese caza, y así lo hizo con tanta oportunidad, que en breve las alcanzó, y cuando los españoles se disponian á hacer fuego contra los fugitivos, estos